—Sin traicionar las propias declaraciones de James Joyce en su ARTISTA ADOLESCENTE, usted estima que sus teorías estéticas son rudimentarias, no diría que fundamentalmente psicológicas. Actos de aprehensión, de percepción, y maniobras de totalización son para nosotros, contemporáneos, dos cosas muy distintas.

—Después de la psicología de la forma hemos vuelto a aproximar, como los clásicos, los actos de aprehensión y los actos de totalización. Hoy ya no nos parece valedero que el todo se forme por una penosa suma de las partes y, que además, arroje, menos que sus elementos componentes. De golpe nos instalamos en la “estructura” que antepone el todo a las partes, que las subordina y que incluso las suple cuando faltan. Estamos hechos a ver totalidades sin partes que las justifiquen. En una pantalla de televisión el campo lo componemos con los elementos aislados que se nos proporcionan. Somos tan totalitarios, o tan estructuralistas, que tomamos una alusión como un programa.

—Pero Joyce no funcionaba *así*. No hacía estética como astucia literaria sino como rudimento de su arte, o como fundamento de ese mismo arte. Joyce no “descreía” de su estética. No era un relativista como el señor Jorge Luis Borges.

—Desde luego que no. James Joyce *sabía* que durante su juventud había estado sometido a una disciplina y que esa sumisión tenía que grabar profundamente su vida y su arte. Borges declara una y otra vez; incurrí en este error; emplear metáforas al vapor, argentinismos, juegos de espejos, pero luego ya me corregí y ahora soy otro… aunque estoy ya cansado de ser ese Borges de cosméticos estéticos en los que “descreo”.

—Le voy a mostrar textos en que “eruditos” joycianos le discuten fuertemente a McLuhan que dé versiones antojadizas de la obra del ULISES.

—Entre nosotros está todavía de moda que una estética es una manera de hablar a propósito de lo que luego no se va a *hacer* en una obra literaria. Las estéticas se las estima como vanas promesas de un candidato político que en cuanto llega al poder las desconoce lindamente.

—De eso tiene mucha culpa Borges. Como él no atina con sus recetas de cocina, supone que no hay unas “Memorias de cocina y bodega” que dijera Alfonso Reyes. Este mexicano era más sensato. Procuraba decir que la química no proporciona recetas de cocina, aunque sabía que había perfectas recetas culinarias cuyos manjares, conforme a ellas, había disfrutado para reconcomio de los demás. “La literatura siempre anda mezclada con la gastronomía” (p. 44). Pero no es este el pasaje que me interesa destacar. Es otro que se me oculta. Tenga paciencia que estoy hojeando. ¡Ya saltó aquí, suculento!: “Y me asomé a la cocina de <<Las Bellas Ocas>>, lector, para que te mueras de envidia” (p.80).

—Yo fui formando, o deformando, en el descreimiento de las estéticas. Se me dijo que Edgar Allan Poe primero postuló una estética y que sus mejores cuentos no correspondían en nada con ella. Y que era mucho mejor así. Luego se me dijo, contradictoriamente, que la traducción francesa de sus cuentos hecha por Baudelaire estaba por encima de los originales y que “respetaba” su estética. Con Aldous Huxley me convencí de que Poe era un vulgar. ¿Qué quería usted que hiciera entre tanto ruido aturdidor?

—Pues dejarse aturdir. Un literato no puede exigir más protección, ni ideológica, ni armamentista, que un recluta al que llevan a Vietnam. Lo conducen lavado el cerebro, pero ante la realidad, puede asumir muy diversos comportamientos: reflexión, abandono irracional, locura, drogas ¡qué se yo!

—Estoy de acuerdo con usted, pero como joven, me da por pensar que los adultos que nos “mandan” traducen adecuadamente nuestras perplejidades en intereses perfectamente calculados; que tanto nuestros vicios, como nuestras virtudes, los tienen catalogados conforme a sus necesidades.

—Jamás he creído que el adulto sea tan racional o realista como para pensar que los jóvenes con el simple paso de los años se van a corregir de sus vicios y no agravarlos. El esquema de “agravación” en los adultos les debería de servir a los jóvenes de normas para aprender que los vicios no tienen corrección conforme avanza el tiempo, sino que la misma dinámica viciosa la comparten los adultos.

—Hay su diferencia. Entre el alcohol y la mariguana el joven predica —apologéticamente— que la última, en su uso, es menos dañina que el primero.

—¿Qué me quiere usted decir? Supongo que el mariguano, frente al alcohólico, tendrá menos “crudas” y, que, además, su “vicio” terminará antes, que se saciará antes de acabar con su vida. ¿Es esto lo que me sugiere?

—En muy buena parte sí. Lo que le reprochamos a los adultos es que hayan elegido una droga como el alcohol que clínicamente demuestra ser más dañina que la mariguana.

—De modo que se nos invita a un cambio saludable, mariguana mejor que alcohol. Equiparo la fórmula: para analfabetas de más de 50 años más vale la mariguana que el alcohol.

—Usted lo dice de broma. He conocido mujeres jóvenes que se han librado del alcoholismo entregándose a fumar mariguana. Los efectos son los mismos, pero pagando menos réditos o intereses. Llego a este punto que le parecerá impío: más vale ser mariguano que alcohólico.

—Y, ¿dice usted que esto lo recomiendan las mujeres?

—Si usted se toma el pequeño trabajo de ver conforme a sexos, quienes son más adictos a las drogas, los varones o las mujeres, comprobará, ¿sorprendido?, que al alcoholismo los hombres, a las drogas, las mujeres. ¿No es convincente el argumento, la estadística?

—Indudablemente que sí. El matriarcado del futuro está modelado por estas “preferencias” de las mujeres.

—No le entiendo bien a bien; ¿sugiere usted que un matriarcado con sus “inhibiciones” podrá imponerse dado un mundo de “machos” prepotentes?

—En competencia de fantasía, Bachofen parece que le ha ganado la partida al señor Sigmund Freud, que lo ha derrotado en profecías, en anticipaciones “vemescas”. En un mundo tan tremendamente agresivo como el nuestro, *la mujer es un elemento conservador,* no sólo en cuanto que acepta pasivamente no reproducir por la “píldora” más seres humanos, sino que le marcara al hombre un límite de multiplicación, de genuino control de la natalidad por lo que ella considera prudente. Y las drogas a usar en cambio del alcohol.

—¿Eso qué tiene que ver con la literatura?

—Tiene mucho que ver, y mucho más que no verse. Toda la literatura, hasta la actual, o más la actual, se mide por la multiplicación, ante el espejo. El espejo es un símbolo de reproducción irresponsable, una duplicación sin más consecuencias que verse retratado. Si la mujer no fue enemiga de la fotografía en sus orígenes, eso se debía a que no entendía que la fotografía era una “parición”, un parto en minutos, y no en meses, como era tradicional. El cine es aún peor en sus revelaciones cinéticas. Le enseña a la mujer —si es capaz de aprender— que el hombre ya no se conforma con los nueve meses, sino que quiere los nueve minutos o segundos para que la señora o señorita “alumbre”.

—Las mujeres han sido las más entusiastas de la dinamicidad del cine. Lo interpretaban como el vértigo de su liberación.

—Lo entiendo perfectamente. Las señoras han hecho de la velocidad del cine un símbolo de su infidelidad, pero, en verdad, ha sido un signo de su paridero sin cansancio. Las dos guerras mundiales no se hubieran podido *nutrir,* nutrir de los hombres, sin la prolijidad de las mujeres. Ahora la propaganda las convence de que sin ellas el mundo mejoraría, puesto que no habría “víctimas” de guerra. ¡Vamos a ver hasta qué punto su infertilidad sirve a los intereses de los hombres! ¡Cuándo empezará en serio el matriarcado!